

RODÓ / MONTALVO

PARADIGMAS INTELECTUALES DEL SIGLO XIX



Galo Galarza

El 1 de mayo de 2017 se conmemoró el centenario de la muerte de José Enrique Rodó, autor emblemático que nació en Montevideo el 15 de julio de 1871 y murió en Palermo, Italia, el año 1917, cuando apenas tenía 46 años de edad. En su corta vida, sin embargo, dejó una impronta en la cultura hispanoamericana que lo volvió un autor de obligada referencia.

Presento este pequeño ensayo como un homenaje a su memoria y al de su admirado par intelectual, el escritor ecuatoriano Juan Montalvo. A ambos autores les considero, además, dos símbolos de los países donde nacieron y de los cuales se alejaron para morir tempranamente, en la pobreza y el abandono, en ciudades europeas. Estoicismo o heroísmo romántico, en la forma de vivir y de morir, a lo Lord Byron, a lo Simón Bolívar, a lo José Gervasio Artigas.

Rodó no conoció personalmente a Montalvo, quien nació el 13 de abril de 1832 en Ambato (una pequeña ciudad andina del Ecuador, ubicada en el centro del país) y murió en París, el 17 de enero de 1889, pero sí lo escogió entre sus autores preferidos, entre las mayores referencias morales de Nuestra América, para escribir uno de sus ensayos más lúcidos, más literarios y más entusiastas. Fue, por consiguiente, su gran apologista, su exégeta. Las páginas que Rodó dedica a Montalvo en su ensayo publicado en el libro *Motivos de Proteo*, revelan esa profunda admiración:

La literatura de Montalvo –dice- tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino en el valor de la nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnadas de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo energético y airoso de la vida moral.¹

Por eso he seleccionado a estos dos autores (Rodó y Montalvo) como una especie de paradigmas de lo que fueron los escritores latinoamericanos en el siglo XIX:

¹ José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*, Montalvo, En selección realizada por Emilio Oribe, en su libro *Rodó, Estudio crítico y antología*, Editorial Lozada, Buenos Aires, p. 133.

románticos en sus inicios, modernistas y positivistas después, pero al mismo tiempo profundamente comprometidos con el devenir político de sus pueblos. Ambos debieron salir de sus países de nacimiento, bien huyendo de la mediocridad del medio o de la persecución de las feroces dictaduras gobernantes, para radicarse en Europa, donde murieron, como he dicho, en la pobreza y el olvido. Su estatura moral e intelectual, sin embargo, fue acrecentándose con el pasar del tiempo hasta convertirse en verdaderos símbolos de sus países. Rodó puede representar perfectamente a Uruguay y Montalvo al Ecuador, como sus máximos referentes intelectuales del siglo XIX. Los dos encarnan, también, de alguna manera, lo que son esos (nuestros) países latinoamericanos, los más pequeños territorialmente de Sudamérica, ambos con historias parecidas de cercenamiento territorial y de lucha por sobrevivir en medio de sus poderosos vecinos, ambos con historias de caudillos, dictadores y mártires. Ambos con el propósito de salir adelante sorteando las murallas que nos crecen desde dentro y desde fuera.

Ese gran prosista que fue el mexicano Alfonso Reyes reunió en un libro titulado *Pasado inmediato* a los que él consideraba los intelectuales más representativos de sus países en el siglo XIX: Andrés Bello (Chile), Domingo F. Sarmiento (Argentina), Juan Montalvo (Ecuador), Eugenio María de Hostos (República Dominicana), José Martí (Cuba), Justo Sierra (México) y José Enrique Rodó (Uruguay).² Todas las antologías son como sabemos “antojollías”, o sea frutos del antojo, y dejan fuera a muchos que debieron estar e incluyen a otros que debieron salir (ya sabemos lo que ocurrió años más tarde con los llamados “escritores del Boom”, donde se quedaron fuera escritores de la talla de Juan Carlos Onetti o Jorge Enrique Adoum),³ sin embargo, en el caso de Ecuador y Uruguay, creo que Reyes acertó plenamente, pues Montalvo y Rodó fueron, sin duda, los escritores más representativos de sus países en el siglo XIX.

Ambos autores fueron críticos de sus sociedades, ambos combatieron, a su manera, a los regímenes o sistemas políticos que gobernaron en aquellos tiempos Uruguay y Ecuador. Montalvo tuvo como flanco de ataque a los dictadores Gabriel García Moreno e Ignacio de Veintemilla, el uno teócrata, el otro tirano de ideas liberales pero de comportamiento conservador, cuando no reaccionario y ultramontano. Rodó se enfrentó a su mismo partido (Colorado) del cual formó parte y llegó a ser incluso parlamentario, cuando este quiso aplicar ideas retrógradas o abusivas, como prohibir que se exhibieran crucifijos en los hospitales públicos o cuando cayó en la prédica violenta y guerrerista.

² Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, Obras completas, XII, México, Fondo de Cultura Económica, p. 242. Citado por Belén Castro en su prólogo al libro *Ariel* de José Enrique Rodó, publicado por Cátedra, Letras Hispánicas, Madrid, 2009, p. 26.

³ *Ibidem*.



Juan Montalvo

Curiosamente —y venga otra coincidencia— tanto Ecuador como Uruguay nacieron a la vida independiente como repúblicas en el año 1830, o al menos adoptaron ese año sus primeras constituciones (que es como decir sus partidas de nacimiento político). Son países, pues, con vida política independiente de apenas 187 años (menos de dos siglos). Ecuador se separó de la Gran Colombia (entidad constituida por Simón Bolívar, que abarcaba las actuales repúblicas de Panamá, Venezuela, Colombia, además de Ecuador que, dentro de esta entidad político-administrativa, se denominaba *Departamento del Sur*). Uruguay o la República Oriental del Uruguay, por su parte, se independizó del Imperio Brasileño, donde se llamaba *Provincia Cisplatina*. Ambos países introdujeron en sus nombres, como se ve, elementos geográficos (nombres de ríos o líneas de paralelo), ambos tuvieron como primeros presidentes a militares, ambos tenían en esa época una población mayoritariamente rural,⁴ ambos se embarcarían pocos años después en espantosos conflictos civiles y en luchas con sus vecinos por definir sus territorios.

En esos espacios geográficos de América del Sur es que nacieron Juan Montalvo y José Enrique Rodó. Los dos abrazaron ideas románticas y liberales desde muy temprano y utilizaron la prosa (o el ensayo) como medios de expresión intelectual. Estuvieron dotados de un talento singular para expresar sus ideas con elegancia y fuerza, lo cual estuvo acompañado, además, de una admirable erudición. Leídos sus libros ahora, en el siglo XXI, después que hemos pasado por las lecturas de escritores con prosas tan audaces como las del cubano Guillermo Cabrera Infante o el argentino Julio Cortázar o el chileno Roberto Bolaño o el colombiano Gabriel García Márquez, sus textos nos parecen algo almibarados, demasiado anticuados, llenos de latinajos o demasiadas referencias a dioses del Olimpo. Sin embargo, en el momento que fueron publicados sin duda causaron sonados entusiasmos

⁴ En 1830 la población de la naciente República Oriental del Uruguay era de 74.000 personas en todo el territorio nacional, 20% residía en Montevideo y 80% en el interior. Ver *El perfil uruguayo y su historia*. Nancy Pontet Portsher, Fin de Siglo, Montevideo, 2003, p. 135.

y aplausos de muchos intelectuales importantes de la época, desde Unamuno hasta Rubén Darío, desde Pardo Bazán hasta Zaldumbide.⁵ Mario Benedetti, en un estudio que escribió sobre Rodó y que aplica también perfectamente para Montalvo, dijo:

La peor injusticia que puede cometerse con Rodó, es no ubicarlo, al considerar y juzgar su obra, dentro de un proceso histórico. Hoy resulta tarea fácil –dice más adelante– detenerse en las carencias de Rodó, en sus miopías, en sus dictámenes fallidos, en sus pronósticos errados, en las amplias volutas de su estilo, tantas veces desprovisto de calidez. Hoy resulta sencillo indicar qué caminos debió haber seguido, en qué bifurcación se equivocó. Pero no hay que olvidar que en muchos de los temas que trató, Rodó abría la primera brecha.⁶

Ambos escritores tuvieron padres españoles que emigraron a América en busca de mejor destino (el de Rodó catalán, el de Montalvo andaluz) y madres criollas. Eran físicamente altos, de figuras desgarbadas y rostros picados (por la viruela el uno, por la miopía el otro), prematuramente envejecidos. Montalvo un poco cojo. Rodó un tanto jorobado. Juan Montalvo hizo gala de su nombre y ejerció un cierto donjuanismo (tuvo hijos con una ecuatoriana y con una francesa) aparte de otros sonados amoríos;⁷ Rodó más bien fue ascético y poco se conoce de sus escarceos amorosos. Benedetti dice que la soledad fue una característica en su vida. Los dos cristianos, profundamente admiradores del *Maestro*, como llamaban a Cristo, pero no practicantes y más bien críticos de la iglesia oficial católica. Los libros de Montalvo incluso fueron prohibidos por el Vaticano, los colocó en el *index* de los libros blasfemos, particularmente el titulado *La Mercurial Eclesiástica*, en el cual reniega de los obispos-avispa. Ambos querían dirigir sus escritos a la juventud (en la cual veían la esperanza de los pueblos jóvenes donde nacieron). El *Ariel* de Rodó es una invocación a la juventud de comienzo a fin. Y, sin duda, la juventud de América le fue receptiva y también le llamó *Maestro*: “Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada”, dice.⁸ El libro mismo (uno de los alegatos más bellos escritos en lengua castellana) está dedicado: “A la juventud de América”.

Montalvo decía: “Desgraciado el pueblo donde la juventud no haga temblar al tirano”. Veían a la América latina como la Patria Grande, particularmente Rodó, quien fue en ello más categórico y dedicó muchas páginas de su libro *El*

mirador de Próspero y del mismo *Ariel*⁹ para plantear esta tesis. Rodó era cauto en el enfrentamiento con sus adversarios. Montalvo era feroz, un extraordinario insultador. Cuando murió asesinado en Quito el tirano Gabriel García Moreno, exclamó: “Mi pluma lo mató”. Unamuno decía por ello que lo mejor de Montalvo eran sus insultos.¹⁰ Rodó tenía un estilo más tranquilo, más sosegado, casi conciliador, pero cuando quería apuntalar una idea lo hacía con gran fuerza y elegancia. En su libro más celebrado, *Ariel*, tiene páginas contra el utilitarismo (capitalismo salvaje, se diría ahora) que perfectamente habrían podido ser escritas para el momento actual, parecen un retrato de un conocido gobierno del norte:

La influencia de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y la vida económica, es sin duda, uno de los rasgos más mercedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que en los últimos tiempos de la república romana es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y la tiranía de los Césares.¹¹

Y en otra parte se rebela contra los pueblos y los hombres que padecen la “nordomanía”: “Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir...”¹²

Montalvo también tenía un pensamiento latinoamericanista, a la América del Sur la llamaba “Nuestra casa común”: “Por todos respectos –señaló en 1866– somos unos mismos los americanos: sangre, interés, esperanzas, historia, forman de nosotros una sola nación. La América del Sud es nuestra casa común; en ella vivimos y en ella hemos de vivir, pues, reparémosla, defendámosla”.¹³

Qué válidas resultan sus palabras ahora cuando ese sueño de la integración sudamericana hace aguas por varios flancos y

⁵ Gonzalo Zaldumbide (1884-1965). Escritor y diplomático ecuatoriano, dedicó amplios estudios a Rodó y Montalvo. Su libro sobre Rodó: *José Enrique Rodó, su personalidad y su obra*, fue publicado en Montevideo por Claudio García editores, en el año 1944.

⁶ Mario Benedetti, *Genio y figura de Rodó*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 99.

⁷ Sobre este aspecto de la vida de Montalvo vale conocer el libro del cubano Alejandro Querejeta Barceló, *Anhelos que esto no sea París*, publicado recientemente por Seix Barral-Biblioteca breve, Bogotá, 2016.

⁸ José Enrique Rodó, *Ariel*, Colección Austral, Buenos Aires, 1949, p. 29.

⁹ El *Ariel* de Rodó, como bien señala Belén Castro en el estudio introductorio del libro citado, fue un ensayo crucial en varios aspectos: “Se publicó en 1900, cuando expiraba el siglo en que se gestó el concepto y el nombre de América Latina y cuando, tras la independencia y la dificultosa delimitación de las nacionalidades que hoy conocemos, se afrontaba la doble tarea de definir una identidad cultural y lanzar a las jóvenes sociedades a su modernización”.

¹⁰ “Cogí *Las Catilinas* de Montalvo –dice Unamuno– pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano... y empecé a devorarlas. Iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos ¡sí! los insultos, los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”. Citado por Juan Valdano, en su artículo inédito “El insultador indignado”.

¹¹ José Enrique Rodó, *Op. cit.*, pp. 116 y 117.

¹² *Ibid.*, p. 96.

¹³ Citado por Arturo Andrés Roig en *El pensamiento social de Juan Montalvo*, Corporación Editora Nacional/Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 1995, p. 61.

esa “casa común” que pretendió ser UNASUR, por ejemplo, cuya sede está precisamente en Quito, quiere ser demolida por algunos que padecen la “nordomanía” para convertirla en un gran centro comercial. Por fortuna la derecha “no pasó del Ecuador”, como bien dijo un analista del Río de la Plata, y esperemos que con la renovada presidencia de Lenín Moreno se dé un nuevo impulso a la integración sudamericana, ese es el mejor homenaje que podemos hacer en este momento a pensadores como Montalvo y Rodó.

Otro tema que no fue ajeno a nuestros autores es la dualidad tan mencionada en el siglo XIX de civilización y barbarie, sobre todo después de los escritos de Domingo F. Sarmiento. La civilización estaba supuestamente en Europa, la barbarie en América. Montalvo y en alguna medida Rodó se inclinaron en sus primeros escritos por esta caracterización, sin embargo después de visitar Europa y vivir en ella tuvieron otros enfoques y otras visiones sobre esta dicotomía. “Anhele que esto no sea París”, decía Montalvo, después de haber vivido varios años en la *Ciudad Luz*, y el retrato que brinda del sur de España en su crónica sobre Córdoba, es temible: pinta a los españoles como verdaderos bárbaros que destruyeron y saquearon las mezquitas (moras). Lo mismo cuando potencias europeas intentaron recuperar sus ex colonias (guerras con Chile y Perú) o invadieron países iberoamericanos (*Napoleón le petit* lanzando su ejército invasor sobre el México de Benito Juárez o Cuba luchando por su independencia de España, el último bastión que le quedaba en América), tanto Montalvo como Rodó levantaron sus voces solidarias con los países hermanos invadidos. Montalvo condenó igualmente los intentos de Gabriel García Moreno de convertir a la República del Ecuador en un protectorado de Francia y su apoyo a Maximiliano de Habsburgo cuando fue apresado y fusilado por Benito Juárez.

Y qué otro sentimiento pueden inspirar a los ciudadanos de la América libre –dice Rodó en respuesta a una carta que le envía un luchador por la independencia de Cuba– los esfuerzos del pedazo de América que aún lucha por su libertad sino el de la adhesión y el entusiasmo más sincero? A pesar de nuestras propias inquietudes, que son absorbentes y angustiosas en el momento actual, los orientales no permanecemos indiferentes a la suerte de la heroica patria de Usted...¹⁴

Intelectuales paradigmáticos de un siglo que vio culminar las guerras de independencia contra el colonialismo español y en el cual se formaron las nacientes repúblicas. Un siglo de interregno, como dice el filósofo argentino Arturo Andrés Roig. Un siglo marcado por tres etapas filosófico-políticas muy definidas: el romanticismo, el

positivismo y el liberalismo. El liberalismo y el positivismo marcaron su impronta en la vida política y económica de nuestros pueblos, mientras que el romanticismo fue más determinante en el arte y la literatura y en el espíritu de los creadores.

Hay en Montalvo un romanticismo de las ruinas –dice Roig–, y de la soledad, el que si bien es característico de sus escritos juveniles, habrá que dejar rastros en toda su producción literaria, aún en la más tardía; hay, al lado de aquel, un romanticismo de los actos heroicos que se expresa tanto en el rigorismo moral, como en la apología del tiranicidio. Hay, además, una profunda devoción por ciertas figuras del romanticismo europeo que le condujo, en el ocaso de ellas, a establecer relaciones de tipo personal [...] No hay romanticismo, solo románticos.¹⁵

Rodó avanzó más y sus ensayos claramente se identificaron con la corriente del modernismo: “Yo soy un modernista también –dijo–, yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos, a lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas.”¹⁶ Intelectuales paradigmáticos de un siglo al que Montalvo llamaba “siglo monstruo”, en el cual comenzaron a aparecer en nuestro continente las lacras del colonialismo y las herencias negativas que dejó a su paso. La explotación del indio, por ejemplo, que no fue un tema ajeno ni a Montalvo ni a Rodó (“Si mi pluma tuviera el don de las lágrimas –dijo Montalvo– contaría la tragedia del indio y haría llorar al mundo”¹⁷); Rodó, por su parte, juzgaba a los colonizadores como esos “legendarios sojuzgadores... personificación de la ejecución brutal, consumada con sacrificio del indio, que también es carne y alma de América”.¹⁸ La marginación de otros estamentos sociales, la espantosa desigualdad, la segregación, fueron también su preocupación.

Pueblo, pon el oído atento –escribe Montalvo, en lo que algunos dirían apresuradamente que se trata de un manifiesto populista– se ha pronunciado tu nombre. ¿Sabes lo que eres? No la hez de la sociedad humana, como te llaman unos, ni soberano absoluto, como te dicen otros. Pueblo es el globo de la nación, separa a sus enemigos, y queda el pueblo/El tirano que se alza con la libertad de sus semejantes, y viola las leyes

¹⁴ Arturo Andrés Roig, *Op. cit.*, p. 35.

¹⁵ Cf. Belén Castro, *Op. cit.*, p. 34.

¹⁶ “¡El Ecuador ha vivido en paz! ¡Oh desdichada paz! ¡Oh paz vergonzosa y miserable! Esta ha sido la paz de la cárcel en donde los pobres indios tributarios gemían amontonados sufriendo el látigo de los capataces; la paz de los condenados a bóvedas; la paz de los obrajes; silencio profundo o llanto ahogado; abatimiento, miseria, terror, esclavitud”. Juan Montalvo, *Ojeada sobre América*, El Cosmopolita, Libro II, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Cajica, México, 1960, p. 157.

¹⁷ J. E. Rodó. *La prensa de Montevideo. El mirador de Próspero*, Obra completa, p. 649. Citado por Belén Castro, *Op. cit.*

¹⁸ Carta de José Enrique Rodó a Rafael Merchán. Cf. Belén Castro en su estudio introductorio a *Ariel*, p. 56.

naturales y civiles, y persigue, y ultraja, y extermina a los hombres, no pertenece al pueblo/El impío sacerdote que cambia la misericordia en crueldad, la caridad en avaricia, en soberbia la modestia y olvidando los ejemplos del Maestro ayuda a los tiranos a oprimir al débil, no pertenece al pueblo/El juez perjuro que pervierte la justicia, y en sus autos se atiene a su conveniencia, que resuelve según le sobornaron o según hablaron las preocupaciones de su clase, no pertenece al pueblo/El militar desvanecido, que anda deslumbrado con la argentería de sus vestidos sin mirar o mirando como grande a los pequeños, que desenvaina la espada y hiere sin motivo; que sirve al déspota en sus desolaciones, no pertenece al pueblo/El que oprime, el que maltrata, el que desdeña a sus hermanos, teniendo para sí que es más que ellos, no pertenece al pueblo...¹⁹

Rodó tuvo preocupaciones sobre la cuestión obrera, como bien se mencionó en la sesión especial del Parlamento uruguayo del día lunes 2 de mayo de 2017.²⁰ Montalvo fue un anticipado en temas de asociación, impulsó la creación en Ecuador de la Internacional obrera:

Las naciones europeas viven repartidas en sociedades –dijo en el discurso pronunciado en Quito el año 1876, en la Sociedad Republicana– las hay tan respetables, que de un imperio a otro se agarran con mano fuerte, y hacen temblar a los opresores en sus tronos, unidas por medio de preciosos eslabones. La Internacional es una sociedad cosmopolita; no la temen sino los tiranos; y con justicia, porque sus estatutos y sus fines son contra la tiranía. La Internacional es sociedad universal; tiene su centro en Francia y en radios luminosos se abre paso por todo el continente... Los tiranos la difaman, porque es contra ellos, los opresores la calumnian, porque temen por sí mismos... El despotismo que es una calamidad pública; la tiranía, que es una batalla lenta y continua; la anarquía, que es un terremoto diario, no pueden hallar contrarresto sino en la reunión de los hombres de bien, en el mutuo apoyo de los ciudadanos...²¹

Con esto no quiero decir, mucho cuidado, que Montalvo o Rodó hayan sido los creadores de las tendencias socialistas en Ecuador y Uruguay, como algunos teóricos afirman con cierta prisa. Ambos escritores fueron intelectuales decimonónicos, llenos de contradicciones en algunos aspectos. Montalvo alababa la Internacional obrera pero condenaba la Comuna, por ejemplo. Rodó condenaba la nordomanía pero era un declarado admirador de los Estados Unidos. Tuvieron sí profundas preocupaciones sociales y políticas, incluso Rodó llegó a militar en el Partido Colorado y ser varias veces

¹⁹ Juan Montalvo, *Op. cit.*

²⁰ J. E. Rodó, *Op. cit.*

²¹ Belén Castro, *Op. cit.*, p. 122.

²² G. Zaldumbide, *Op. cit.* p. 101.

²³ J. E. Rodó, *Op. cit.*

parlamentario; sin embargo, sus preocupaciones fundamentales (tanto en Rodó como en Montalvo) fueron literarias, ellos fueron ante todo y sobre todo *escritores*. Tal vez por ello (entre muchas otras razones) su obra tenga vigencia y trascendencia. Su culto prolijo de la lengua cervantina, al punto de querer, en el caso de Montalvo, escribir los capítulos que se le olvidaron a Cervantes, utilizando el mismo estilo del Manco de Lepanto, haciendo gala de un dominio extraordinario del idioma castellano. Y en el caso de Rodó, sus ensayos tienen un cuidado y soberbio estilo. Cualquiera página que abramos al azar de sus libros, particularmente de su *Ariel*, está llena de asombrosas elaboraciones gramaticales y estilísticas. Pero ni Montalvo ni Rodó eran adoradores de la palabra por la palabra, fueron ambos intelectuales, como hemos visto, que respaldaron sus palabras con un bagaje ético extraordinario. Sus vidas fueron un ejemplo de rectitud intelectual y de integridad moral. Prefirieron el exilio, la marginación, la persecución, la pobreza o el destierro, antes de transar con tiranos o gobernantes abusivos. Y los textos con los cuales expusieron sus ideas estuvieron armados con gran belleza y musicalidad.

Gonzalo Zaldumbide, en el libro que escribió sobre Rodó, al cual me he referido antes, dice en relación a su prosa: “Su verdad estaba en su belleza... y su belleza estaba en su música, música puramente espiritual, a la cual sirve apenas de leve acompañamiento el ritmo de la frase, y que proviene más bien de la armoniosa rotación de las ideas”.²² Y el propio Rodó, en su ensayo sobre Montalvo, en el cual expresa que anhela un día encontrarse con su amigo espiritual en los Campos Elíseos, donde van los inmortales, para conversar, dice, sobre la “maravillosa condición y la virtud de las palabras; de la música y su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y el don de evocar y hechizar que en sí tienen... Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la vocación de la caballería y del amor de la libertad.”²³

Difícil saber si se encontraron Rodó y Montalvo en el más allá para conversar de estos temas, pero sí es de profunda justicia que a los cien años de la muerte de José Enrique Rodó hayamos recordado en su ciudad natal su vida y su obra y la relación con los pensadores del siglo XIX, entre los que destacó el ecuatoriano Juan Montalvo. ☞

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia. Fue Embajador del Ecuador en México de 2006 a 2012. Posteriormente, fue Subsecretario de América Latina y El Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador. Actualmente, es Embajador del Ecuador en Uruguay. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en varias antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*. Este artículo, preparado especialmente para *Archipiélago*, está basado en la ponencia presentada el 4 de mayo de 2017 dentro del coloquio “José Enrique Rodó, a cien años de su desaparición física”, en el que participaron destacados escritores y académicos uruguayos.